Por último, llegamos al pie de un árbol situado á una corta distancia de la puerta.

El agua arreciaba.

—¿Traes pajuela? dijo Medellin á Céspedes.

— Aquí está, respondió este sacándola de su talega.

El otro la tomó, se dirigió á la entrada levantando un hombro para defender la cara de la lluvia, y penetró en el oscuro recinto. Nosotros llevamos la mano á las espadas, ya resueltos para cualquier evento.

—¿Pero no lo siguieron? dijo Ursula.

—¡Cállate¡ le replicó el sacristán, llevando un dedo á sus labios, sin despegar los ojos de don Fernando. Este continuó.

—No había pasado un credo cuando Medellin volvió á aparecer en la puerta, y nos llamó de un modo particular, como si temiese que su voz fuera oida por cualquier otro. Fuimos, nos encargó silencio, y nos condujo de la mano hacia el fondo de la galería, donde por una cuarteadura se divisaba cierta claridad rojiza.

—Mirad por ahí, nos dijo.

Yo noté en su voz un timbre estraño que me hizo pensar «¿Si tendrá este miedo?»

Céspedes se acercó el primero.

—¡Bah! exclamó, veo la causa de nuestro asombro. Alli está un árbol incendiado por el rayo, el agua va á apagar...

—¡Silencio por Dios! dijo en voz baja el sargento, mirad hacia abajo.

—Nada veo.

—Mirad bien.

—¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!... dijo Céspedes con creciente admiración, atrayéndome por un brazo, mirad!...

Y vi á la luz de las ramas próximas á extinguirse... váis á reiros... vi en pie á una muerta.

—¡Una muerta! exclamó el auditorio de don Fernando.

—Sí, una muerta, ó si queréis una viva, pero salida del sepulcro.

Era una mujer pálida, enjuta, con la cabellera y el rostro mojados por la lluvia, y parecía mirar al cielo con ira, ó yo no sé si con quebranto.

Luego inclinó la cabeza, y hacía como la madre que arrulla á su niño en los brazos.

Al llegar aquí, la cabeza de Ursula giró rápidamente, y su mirada se clavó con asombro en la del sacristán más asombrada todavía.

—Sí... exclamaron los dos, seguid, seguid.

Fernando reanudó su historia.

— Era, no sé quien, pero quedamos aterrados al escuchar un gemido desgarrador que se escapó de su garganta.

—¡Silencio! nos decía Medellin con esa terquedad de una persona trastornada por el miedo ó por el vino.

—¡Silencio!

Esto acabó de perdernos: cuando ese sargento endiablado, cubierto con las cicatrices de cien combates, se refugiaba tras de nosotros, no dudamos hallarnos en frente de una cosa superior á la pequeñez humana.

Cristóbal sintió en el hombro un dolor agudo, casi al mismo tiempo que la espada de Guzman silbó como una víbora.

Cap. 2.º - VIII.
La primera generación.

Creimos que el Señor, irritado por nuestras grandes culpas, permitía que una voz salida de la tumba, nos hablara de su justicia terrible con el eco profundo de la eternidad...

Aquella mujer... sí... era tal vez una mujer viva; han pasado siete años, he visto muchas cosas, he hablado con muchos, he meditado mucho y me voy serenando... ¿quién sabe?... Aquella mujer lloró con tal angustia, que nosotros, mudos por el terror, sin saber dónde nos hallábamos, ni lo que pasaba delante de nosotros, sentimos que los ojos se nos humedecían y que el llanto se anudaba en nuestra garganta.

Yo fuí el primero que se atrevió á hablar.

Me encomendé de todo corazón á Nuestra Señora, y mientras mis dos compañeros oraban, interrogué al fantasma.

—¿Quién eres? le dije ¿por qué lloras? ¿es el Señor el que nos trae á tí, ó es Satanás el que te envía á nosotros?

La mujer levantó el rostro, pasó las manos por sus sienes recogiéndose la cabellera, y luego levantando el puño cerrado, exclamó dirigiéndose al punto en que nos encontrábamos:

—¡Ay de tí miserable! ¡ay de los débiles! !ay de los perversos! ¿Adónde has volado, niño mío, de mi vida?

Y luego añadió con voz lúgubre y mirando á la otra puerta que daba al campo:

—«¡Pedro...! ¡Pedro! ven conmigo... y cayó al suelo, ó tengo para mí que se hundió debajo de la tierra.

Al nombre de «Pedro» pronunciado por el fantasma, oí que un cuerpo se había desplomado á mis espaldas.

Era el sargento Medellin—él se llamaba Pedro.

—Está muerto, me dijo Céspedes casi sofocado.

—Obedezcamos, le repliqué, marchemos de este lugar donde Dios acaba de castigar seguramente á un gran culpable, vamos.

Llegábamos á la puerta, cuando vibró un relámpago, y antes de verlo desaparecer, un trueno inmenso retumbó en los aires, y vimos en pie junto á nosotros, y amenazándonos, á la misma mujer de mirada iracunda... Céspedes cayó á mis pies como herido del rayo, y yo sentí un vértigo, una cosa inexplicable y después... nada.

Ursula tenía la boca abierta, los niños se habían refugiado completamente en su seno y el sacristán se espeluzaba mirando con ademán medroso la ventana que rechinaba con el viento.

Daban las nueve y media en la parroquia.

—Pues señor, continuó Fernando, después de haber tomado una nueva postura en su taburete, yo no sé el tiempo que permanecí privado de sentido, levanté la cabeza y me encontré con la luz del día. ¿Habrá sido un sueño? me dije en voz alta.

—Lo mismo digo yo, camarada, replicó Céspedes que estaba en pie enmedio de la pieza.

—Pero ved ahí á nuestro pobre amigo que aun no despierta y tiene los cabellos erizados.

Inmediatamente me acerqué á Medellin, y apliqué el óido sobre sus narices.

Fué mi gusto inexplicable cuando percibí que respiraba.

Lo sacamos al campo; tomé agua con mi casco en uno de los innumerables charcos que había producido el aguacero, y lo vertí en el rostro de nuestro compañero.

Se estremece, abre los ojos y después se sienta y nos tiende los brazos con reconocimiento.

Dos meses después tomaba el hábito de N. P. San Francisco, y marchaba lleno de caridad cristiana á las misiones de California, donde hoy se encuentra.

Yo no he sabido nunca lo que ese Medellin había hecho que ofendiera al Señor.

Hemos pasado juntos sin ofender á nadie, la edad de los desaciertos, y él no ha llegado aún á la del crimen...

XV.

—Bendito sea Nuestro Señor Crucificado, dijo Ursula aspirando sus palabras; yo quiero que él me hable, pero...

—¡Cáspita! exclamó el sacristán, estoy cierto, mi señor Don Fernando, que si pudiéseis mirar al alma de Hellin, no tendrías la serenidad... ¿pero habéis dicho que imitaba el movimiento de... así... cuando se duerme á un niño? ¡La Vírgen me valga!

—¿Qué?.. ¿qué dices?..

—¿Qué horas son? preguntó el sacristán á Ursula, en vez de responder á Fernando.

—Las nueve y media... ya dieron hace rato.

—¿Queréis quedaros? continuó el de la montera, veréis si os hemos referido una cosa falsa.

Fernando se puso á meditar.

—¡No! no! exclamó Ursula, ¡Dios mío! si es la misma vendría á buscaros hasta aquí...

—¿De veras?.. replicó el sacristán sobrecogido.

—¿Y á qué horas aparece regularmente? dijo el soldado, refiriéndose al espectro.

—Poco antes de las diez...

—¿Y eso... es todas las noches?

—Sí señor, viene por esa calle que da al llano. Cuando desemboca en la plazuela, se para y, ¿habéis oído como ahullan los perros? pues así... después llega hasta la horca... dicen que anda en el aire...

—¿Decís que la habéis visto?

—Sí, señor.

—¿No recordáis sus señas?

—¿Qué señor? qué señas va á tener... si es una sombra.

Fernando volvió á meditar, pudiera notarse que su frente iba tomando cierta palidez que sus interlocutores no observaban.

La mano con que acariciaba su barba palidecía y se agitaba visiblemente.

—Mira, dijo el sacristán á Ursula, ¿por qué no llevas á esos niños á la cama? voy mientras á atrancar la puerta del corral, dame la lámpara.

Ursula levantó con suavidad la cabeza de uno de los niños que dormía en su falda, le dió en la frente un beso maternal, y le dijo:

—¡Anda ya te dormiste! vamos á tu cama.

Y moviendo al otro, que se había clavado sobre la mesa, añadió:

—Vamos, pelón, á tu cama, anda.

Este peloncillo se enderezó inmediatamente con los ojos cerrados y pujando.

Y á un nuevo llamamiento de Ursula, dijo entre dientes y rascándose la cabeza:

—¿Y qué sucedió con Zacate?

—¿Qué Zacate?

El niño volvió á clavarse.

—¿De qué Zacate habla esto? preguntó el sacristán con cierta curiosidad.

—Ha de ser, replicó Ursula, de ese señor Céspedes... anda, niño, vamos á tu cama.

Y luego, dirigiéndose al sacristán:

—Allí en el agujero de la puerta está la linterna.

El sacristán la enciende y desaparece.

Ursula lleva á los niños á la cama, y comienza á desnudarlos con el mismo trabajo que si estuvieran muertos.

Fernando permanecía abstraido en sus pensamientos.

—¿Y esto, dijo después, tiene alguna comunicación con la iglesia?

—Sí, señor, esa puerta da al corral; allí existe á mano derecha otra puerta que cae á una hortaliza. Esta hortaliza tiene su entrada por la sacristía.

—Bien.

Don Fernando se acercó á la ventana, no se veían más que sombras.

La plazuela estaba solitaria, por aquel tiempo, desde las oraciones de la noche.

Para nosotros había mucha razón, porque aun hoy, que han pasado tantos años y que la poblacion abunda, y que estamos libres de preocupaciones, no hemos podido atravesar á deshora por aquel sitio sin apresurar el paso, sintiendo por la espalda el sople frío de pavorosas leyendas.

XVI.

La noche en qué vemos á Fernando, hacía dos años y tres meses que en la plazuela de San Sebastián, por el ángulo del Noroeste, se levantara un cadalso.

Corría la voz de que un español, célebre por sus maldades, refugiado en México, debía ser ejecutado por haber querido forzar á mano armada la casa de un alto personaje, y atentar á la honestidad de una tal doña Beatriz, que hacía tiempo se retirara á la Península.

Otros decían que el criminal, allá en Europa, fué el que mató al condestable de Borbon, metiéndole una bala en las ingles.

Otros referían cosas espantosas.

Un día todos salieron de la duda: apareció colgado por los pies

el cadáver de un hombre con la cara deshecha, sin una mano y todo ensangrentado; había al pie de la horca un cartelón con estas palabras:

«Este es el cuerpo de Miguel de Hellín, encontrado sobre el camino de Zempoala comido de perros.—Fué perverso é Dios Nuestro Señor por su infinita justicia mandó sobre él á los demonios para que lo devorasen.—Su Majestad el rey de ambos mundos no permite que se revele á nadie la culpa de este criminal, ni que nadie sea osado de tocar sus despojos.— Rogad por su ánima.»

Desde entonces la plazuela fué abandonada por casi todos los vecinos.

El cadáver se puso negro, hinchado y hediondo; después el sol lo achicharró, y con el tiempo aquello no fué sino un esqueleto que se conservaba articulado por unos andrajos de carne corificada. Sólo la cabeza había caído, tenía cabellos todavía, y en las órbitas y por la nariz bullía siempre un mosquero repugnante.

Tal era el espectáculo que hubieran presenciado con horror los ojos de Fernando, si al dirigirse á la casa de nuestro sacristán no fuera tan abismado en sus recuerdos.

Ahora procuraba mirar á traves de la oscuridad ese horrible palo que enseñaba á la tempestad aquel trofeo de la muerte.

Así permaneció algún tiempo, mientras Ursula, con esa fe que por dicha se conserva aún, persignaba á los niños dormidos murmurando una oración al ángel de la guarda.

XVII.

De súbito un ahullido prolongado y doliente turba el silencio, y atravesando el aire de la noche sube y retumba por los negros arcos del campanario.

—¡Jesus me acompañe! exclamò Ursula, ¿habéis oido?...

—Sí... balbuceó don Fernando, cuya palidez subió de punto.

Oyóse á lo léjos una carrera, y poco después se abrió de golpe la puerta que daba al patio.

—¡Jesus mío! volvió á gritar Ursula, escondiendo la cabeza en el seno de un niño que instintivamente la rodeó con su bracito.

La puerta había dado paso al sacristán, que con la montera casi hasta los ojos, y llevando la linterna apagada, apareció con el rostro de un difunto diciendo también:

—¿Habéis oido?...

—¡Demonio de hombre! Dios os haga un santo, le dijo Ursula ya mas repuesta. ¡Cerrad! por vida de vuestra madre.

El sacristán cerró, y fué á colocarse tras del veterano, tomando ese aire de los navegantes novicios cuando la mar saludada por el rayo comienza á estremecerse bajo la nave.

Un nuevo grito volvió á resonar mas cercano.

—¡Dios mío! murmuró don Fernando, mientras el sacristán y la mujer se cosían por las espaldas como para guardarlas mútuamente.

—No sé, decía ella, por qué no permite Dios que nos mudemos de estos arrabales que no han de estar benditos.

—¿Calla mujer, como no lo han de estar; qué, la llorona no se hubiera colado hasta nuestra pieza?

—Yo creo, decía Ursula, que ese Divino Rostro que pusimos en el zaguan, es el que ahuyenta á los malos espíritus.

—El Señor tendrá misericordia de nosotros, replicaba el sacristán en el mismo tono del *Christe eleison*.

Pasó media hora. El actor de aquella escena espantosa que se había anunciado por dos lamentos, no aparecía ni daba señales de aparecer.

—Pues señor, dijo don Fernando, parece que el negocio ha concluido.

—¡Bendito sea Dios! dijeron respirando los cónyujes.

—Me voy con la curiosidad de ver á la llorona.

—¿Os váis solo?

—Voy con mi espada.

—Pero...

—Mañana volveré, porque estoy interesado altamente en ver la figura de ese espectro.

—Mirad que aquí no molestáis á nadie... mi cama...

—No, os lo agradezco, replicó el soldado tomando el sombrero que Ursula se apresuró á ofrecerle. Antes de las once tengo que hacer en Alvarado, y ya es tarde. Mañana á las siete estoy aquí sin falta.

—Pero... como nos quedamos... es decir, como os marchais por esas calles... á estas horas...

—¡Bah! exclamó Fernando tendiéndoles la mano, ya lo veréis cómo.

XVIII.

Don Fernando, después de despedirse cordialmente, marchó hasta llegar á la puerta de la calle, guiado por Ursula y el sacristán que alumbraban sus pasos.

Despidióse de nuevo, y la puerta se cerró á sus espaldas.

Oyó después como los pasos se alejaban.

Cuando se vió solo en la plazuela, envuelto en una oscuridad profunda, y oyendo el golpe que daba con el viento el esqueleto de Hellin contra el palo de la horca, dejó caer con el embozo un brazo lánguido, y se reclinó en la puerta casi refugiándose.

—¿Qué es esto? dijo á poco rato: ¿yo tengo miedo?.. ¿y que dirían si volviera á llamar?... ¡Pesia á tal!...yo no he temblado nunca... ¡Ah! ¡loado sea Dios! una ronda.

En efecto, por el callejon que hoy se llama de los Cantaritos podían verse dos ó tres lucesillas que luego desaparecieron.

Don Fernando comenzó á andar en aquella dirección.

No había llegado á la mitad de la plazuela, cuando un gemido más terrible que los que escuchara pocos momentos antes, resonó á poca distancia dejándolo petrificado.

Poco después oyó que unos pasos se le aproximaban con lentitud, y cayó de rodillas.

El fantasma se presentó á sus ojos.

—¡Infame! dijo, ¡devuélveme á mi Pedro, devuélveme á mi hijo! ay de los débiles!

—¡Es ella! dijo Fernando, ¡socorro! y se desplomó sin sentido.

XIX.

Al mismo tiempo desembocó la ronda, aparecieron las linternas, y sonó el ruido de los arcabuces que se amartillaban.

—¡Por aquí! dijo uno de los que llevaban linterna.

—¡Un hombre! exclamaron todos.

—¡Está muerto!

—Registradlo, dijo otro que parecía el jefe, y se formó un grupo en torno del que aparecía en el suelo.

Estando en esta operación, suena todavía otro lamento.

—¡La *Llorona!* dijeron con voz cavernosa dos alguaciles, cayendo desvanecidos sobre Fernando.

—¿Quién vá? exclamaron los que estaban en pie, apuntando á una mujer pálida que alumbraban las ráfagas de la linterna... ¿quien vá? y se dejó oir el eco melodioso pero terrible que decia:

—¡Ay de tí! ¡miserable! ¡ay de los débiles! ¡ay de los perversos!

—Esto es demasiado, dijo el jefe... fuego... estalló la explosión de siete arcabuces ahogando otro lamento, y volvió el silencio.

—¡Es hombre muerto! exclamó el jefe; y todos se precipitaron al lugar de la catástrofe.

Pero allí no había nada.

Buscaron tentando el suelo y las paredes con el rayo de las linternas; interrogaron todos los callejones y nada encontraron.

—Era, no hay duda, una alma de otra vida.

Entretanto Fernando volvió en sí, se levantó sacudiendo con terror á los alguaciles que tenía encima; comprendió seguramente lo que pasaba, al oir las voces y ver á la ronda, y temiendo que lo conocieran como á un cobarde, huyó á todo escape siguiendo la primera calle que le deparó la suerte.

Cuando todos convencidos ya de la inutilidad de sus pesquizas llegaron á buscarlo había desaparecido.

—¡Senores! dijo el jefe descubriéndose, y dándole á su voz un tono solemne; ¡señores!..

Todos se descubrieron.

—¡Señores! aquí anda el diablo... vámonos.

Cargaron á sus alguaciles, y la plazuela volvió á quedar desierta.

XX.

Supunemos que el lector ha descansado cinco días.

Con esta confianza lo trasportaremos á una legua al norte de México, al pie de un cerro, que envuelto en el prestigio de una leyenda milagrosa, debía ceñirse un día, como el Horeb, una diadema de ráfagas sagradas.

El sol iba à ponerse.

Por aquellos sitios no se oían ni esos murmullos que trae la brisa á los poetas, como el último suspiro de la tarde.

Si en el pequeño pueblo de Tepeyacac existían algunas casas habitadas, sus moradores fatigados con la faena del día, ó comenzaban á dormirse, ó entregados á reservadas pláticas, su voz no traspasaba los umbrales contenida por el misterio.

Entre una de las rocas salientes sobre la falda del cerro està sentado un hombre, cuyos ojos preñados de lágrimas contemplan un punto casi imperceptible que flota á lo lejos sobre las aguas de Tezcuco.

El hombre tiene en sus brazos, y dormido, un hermoso niño.

El hombre sería hermoso también, si su cabellera enmarañada, sus labios cubiertos de polvo y sus vestidos desgarrados, no dieran un aspecto de miseria y de ferocidad á esa frente que debía ser dulce al rayo de la luna, ó sublime al resplandor de un combate.

De cuando en cuando bajaba la vista sobre el niño.

Este no se movía.

Las finas güedejas de su pelo ensortigado, colocadas tras de la oreja, dejaban libres unas sienes blancas y puras, ligeramente humedecidas.

Dos ó tres cabellos caidos sobre el rostro, cruzaban la línea encarnada de sus labios.

Temblaban á veces con el soplo de las auras que venían del lago, y el niño sonreía con dulzura.

El punto lejano que vagaba sobre las aguas era una barca.

Se acercaba con la velocidad de un pecesillo perseguido por las culebras.

—Ya están aquí, dijo el hombre en voz alta.

Dejáronse oir los chasquidos de la pala y el rumor de las ondas, cuando al abrir paso al barquillo se deslizaban por sus costados cubriéndolo de espuma.

—Ya están aquí, volvió á decir el hombre poniéndose en pie.

Y luego con voz hueca lanzó á los aires estas palabras:

—¡Tlahuac! ¡Tlahuac! ¿respira?.. ¿vive todavía?.. ¡respóndeme!

Ya muy cerca dijo otra voz:

—Viene dormída, acércate... viene dormída.

El hombre que había hablado primero puso suavemente al niño sobre la roca, y descendió á saltos hasta la orilla del lago.

Cuando la barca estuvo cerca, le salió al encuentro metiéndose hasta las rodillas, miró adentro, y dijo con el vano empeño de los que le hablan al sepulcro:

—¡Xochitl! ¡Xochitl!.. ¡despierta!.. ¡mírame! te traigo á tu niño. Vamos, dijo precipitadamente al que acababa de llegar, ayúdame á sacarla... pronto...

Los dos hombres sacaron envuelto en un lienzo un cuerpo, al parecer de un cadáver, y lo pusieron en la tierra.

El otro se arrodilló á su lado, la descubrió la frente, y volvió á decir:

—¡Xochitl!... ¡Xochitl!...

Pareció que aquel bulto exhalaba un suspiro.

Entónces tomó el cuerpo en sus brazos, y como poseido de un frenesí, partió á escape sin oir al barquero que le gritaba:

—¡Huematzin, no corras! si tropiezas las matas...

Huematzin llegó al Tepeyacac, y empujó violentamente con el pie la puerta de una de las cabañas.

—Aquí está, dijo á un anciano que abandonó al momento la lumbre en que se calentaba. Sálvala, por Dios, y te haré rico, seré tu defensor, tu esclavo...

—Hijo mio, respondió el anciano mientras Huematzin colocaba el cuerpo en un lecho de yerba, ya te dije que mi poder está estrechado en los límites que Dios ha puesto á todos los mortales; no te confies en la visión de tu cariño; no te abandones á engañadoras esperanzas, porque mi ciencia poderosa contra los dolores, tiembla y se confiesa rendida cuando vé que en la pupila del agonizante se retrata la terrible faz de la muerte.

—Es decir, exclamó Huematzin tendiendo su mano suplicante, ¿es decir que Xochitl partirá de mi lado?... no dices... que...

—Serénate, hijo mío, dijo el anciano dirigiéndose hácia el lecho y descubriendo la pálida hermosura de una mujer próxima á estinguirse; serénate, porque tu agitación pudiera anunciar á esta mujer que lloras por su inevitable ausencia.

—¡Oh!... ¡malditas tus palabras!... gritó Huematzin, ¡no!... perdona... y se desplomó como desvanecido, hiriendo el suelo con el rostro.

Al mismo tiempo la mujer levantó el suyo; parecía que el golpe de Huematzin la arrancaba de un sueño.

—¿Quién eres? dijo clavando una mirada dolorosa en el anciano que se había inclinado para socorrer al joven.

—Soy, replicó el anciano acercándose á ella, el que procura calmar tus dolores; soy niña, el que compadece tus quebrantos, y el que pondrá en tu seno al niño amado que perdiste.

—¿Mi niño?... dijo Xochitl casi incorporándose.

—Sí, tu niño; al que has llorado tanto tiempo... ¿quieres verlo ahora mismo?

—¡Oh! ¡sí!... ¡tráemelo!... ¡bendito seas! iré contigo... ¡vamos¡

—No, dijo el anciano sin poder disimular su emoción, tú no puedes, espérame; y lleno de esperanza se dirige á la puerta, y desaparece.

Al salir se encuentra con Tlahuac.

—¿Adónde está Topiltzin? le dice.

—No sé, le responde Tlahuac retrocediendo.

—¿Cómo?

—¿No lo ha dejado aquí, Huematzin?

—No.

—Entónces debe estar en la casa de Coyotl.

—¡Ah! ¡corramos á buscarlo!

Partieron los dos á toda prisa.

Entre tanto Huematzin abría los ojos, y después de recorrer con su mirada vaga los objetos que había en la habitación, se fijaba en el lecho, donde Xochitl, puesta sobre un codo, ó esperaba con el aliento recogido la llegada de su hijo.

Después se puso en pie; su cabeza pareció serenarse, y su primera palabra fué el nombre que adoraba.

—¡Xochitl!...

La niña dió un gemido, y se refugió en sus propios brazos.

—¡Ah! dijo Huematzin, ¡vive todavía!... ¡Xochitl, perdóname! voy á traerte á tu hijo, y después maldíceme, después mi vida miserable se exhalará á tus plantas.

Parte también Huematzin, y á poco vuelve con el niño, que en pie sobre aquella roca y solitario, comenzaba á aflijirse.

Lo lleva hasta la cama, lo sienta allí, y le dice:

—Topiltzin, abrázala, es tu madre.

El niño, acostumbrado á obedecer sin duda, ó atraido por ese instinto poderoso que según dicen obraría aún en circunstancias más estrañas, abarcó el cuello de Xochitl con sus brazos, y pozó su sien, refrescada con el aire de noche, sobre la sien marchita que su madre había dejado descubierta...

XXI.

A otro día, casi á la misma hora, un alcalde de aquellos contornos firmaba dos partes.

En uno daba cuenta de haberse hallado en un *jacal* un cadáver de mujer con una herida en el costado izquierdo; y á un niño, su hijo al parecer, que lloraba en la puerta.

En otro avisaba que había sido recogido un cadáver de hombre en el despeñadero del Tepeyac, con señales visibles de haber caído desde el cerro.

En el primer parte el alcalde recalcaba estas palabras:

«Todo me hace creer que esta muerta se ha robado de algún templo la hermosa esmeralda que le quitamos al muchacho.»

XXII.

Xochitl, hija de héroes y nieta de reyes poderosos, que en vida de Tizoc hubiera tenido un sepulcro digno de su estirpe, duelo, cánticos y coronas dignas de su virtud y de su alta hermosura, fué arrojada tras del Tepeyac en un zanjon, medio desnuda, y sin tener una mano amiga para engujar la última lágrima que temblaba aún sobre sus ojos entreabiertos...